



¡Adelante, señores, aunque fengan el acta hecha un asco!

LA GRAN METAMORFOSIS

¡Cómo se *cambea*, cómo se *cambea*!
Increíble parece, ¡lo que va de ayer á hoy! ..
No sé si será un principio de manía persecutoria;
pero hasta he llegado á suponer que el cambio
radical que se ha operado en los ambientes de la
meseta es resultado de una gran conjura tramada
con el exclusivo objeto de dejarme mal á los ojos
de dos ó tres amigos de Barcelona que han dado
en decir que soy un exagerado y que me gusta
hinchar las cosas.

Porque ahora quedamos en que de todo aque-
llo que yo dije de los planes siniestros de matan-
zas y fusilamientos en masa, de la catalanofobia
y de la fiebre antisolidaria no hay nada. Han sido
un mito. Algo así como el peligro amarillo de que
suele hablar Mariano de Cavia cuando las coje
tristes.

Segismunda abandonada



El viejo don Eugenio
le hizo mamola,
y hoy que ve su embarazo
la deja sola.

Aquí el que más y el que menos resulta desde
hace una semana tan solidario como Nougés, que,
según confesión solemnemente hecha en Reus,
viene á ser la quintaesencia del solidarismo

Y de todas partes surgen neófitos y los proséli-
tos acuden que es una bendición al despacho que
Ventosa y Calvell tiene en el Congreso y á la
peña de los diputados solidarios, del café Suizo.

Soldevilla pasea solo y mohino por el salón de
conferencias lanzando miradas de coraje mal com-
primido á los grupos que se forman alrededor de
Junoy ó de Corominas, de Marial ó de Odon de
Buen, grupos en los que, sonora y rotunda, hace
el gasto el habla catalana.

Los celos se han disipado ya por encanto, á la
desconfianza del primer momento sucedió el des-
bordamiento de un impulso de natural simpatía y
á ésta el poder de un don de atracción que, por lo
visto, nuestros diputados se reservaban para lu-
cirlo en Madrid, pues de algunos puedo decir que
en Barcelona siempre lo habían ocultado, y, claro,
los feroces enemigos de ayer se han tornado com-
pañeros afectuosos y hasta amigos cariñosísimos,
aunque particulares.

La aproximación es un hecho, se aproximan, se
aproximan...

Los que hace cuatro días pedían definiciones
explícitas de la Solidaridad, hoy se limitan á pedir
afablemente pitillos.

La lógica ha triunfado, y lo más admirable de
este caso es que su triunfo ha sido mudo.

—¡Qué simpático es ese Marial!

—¡Adios, ilustre Moles!...

—¡Vizca la Solidaridad y deme usted un ci-
garro, querido Muzito!

—¿Cómo no vino á tomar hoy café con nosotros
el insigne Lari?..

—¿Y cuándo vuelve Catafalch?..

—¿Está mejor don Pepe (Vallés y Ribot) de su
ronquera?

¡Qué de asiduidad, qué de interés, cuánta finu-
ra! Yo estoy admirado...

Individuos de quienes creía yo sinceramente que
nos querían comer los hígados se despepitan por
halagar á la representación solidaria y con la más
extremosa solicitud asedian á preguntas, demos-
trando su simpatía, su curioso desinterés por cuan-
to se refiere al despertar de Cataluña.

—¿Cuándo instalan ustedes su oficina política,
porque tengo un hijo que ahora está aprendiendo
el catalán y para llevar la correspondencia po-
dría serles muy útil?—pregunta un diputado mi-
nisterial.

Los periodistas interrogan á todas horas por el
gran periódico cuya fundación se anuncia.

—Creo que sus paisanos pagarán muy buenos
sueldos en ese diario que van á publicar en Ma-
drid!—me ha dicho esta tarde un redactor de un
periódico ministerial.

—¡Ya lo creo! La costumbre catalana. No habrá
plazas menores de cincuenta duros—le contesté
con seriedad.

—Oiga usted: ¿y á quién habría que *agarrarse*
para pescar algo? Porque yo, la verdad, me iría
con ellos... ¡Me son simpáticos!—repuso supli-
cante.

—Le advierto que el periódico será muy radi-
cal..

—No me asusta, no me asusta... ¡Si yo fui cantonalista en Cartagena!... Ya ve usted que por los que vayan...

—Pues si quiere pretender plaza apriete á Marial; él es quien lleva todo ese negocio...

El excantonalista se marchó disparado en busca de Marial, y le apretará. ¡Ya lo creo!

¿Qué más? Hasta los maceros, personajes silenciosos y severos, se descuelgan ahora con pinitos solidarios.

Ayer estrené un terno que me daba á primera vista cierto aspecto elegante, y entré en el hemicycle del Congreso un momento en que estaba suspendida la sesión

Un macero, que debió confundirme con el joven Miró, se acercó á saludarme y misteriosamente me dijo al oído:

—¡uán me alegre aixó de la solidierita!

Yo le miré sorprendido y el hombre de la maza añadió:

—Yo no soch catalá; pro soch de Alacant, ¿sab?.. Es igual. Pus li volia dir que si vostés

volen serán los amos da qui, ¿sab?... La questió es oridar molt; crits y fora... Y avera si fan a go porque nos puchen el sou á nosaltres...

**

Solidaridad puede decir como el gran romano: *Veni vidi vici.*

Mientras Ventosa Calvell pasea mañana y tarde en el coche oficial del Congreso, disponiendo de lacayos que luce medio palmo de galones dorados en las chisteras y libreas, veo diariamente á Salvador Canals, el niño mimado de Maura, subir á pie la pesada cuesta de la calle de la Montera para dirigirse á su casa.

Y los ministeriales del monton se ahogan de envidia al ver que los *espúreos*, los solidarios, acaparan las invitaciones de las tribunas parlamentarias y ejercen la codiciada función de regular el suministro de caramelos.

¡Veni vidi vici!

TRIBOULET.

Madrid, Mayo.

DIPUTADAS

Dice el Diccionario de la real Academia: «Diputado Persona nombrada por un cuerpo para representarle.»

Y digo yo:

Si esta persona es mujer, ¿no hemos de llamar la *diputada*? Salvo la opinión de la Academia, creo que sí; porque si no, ¿cómo vamos á llamar á la señora investida con el cargo de representante de un país?

¿Vamos á decir la *señora diputado*? Esto sería una concordancia vizcaína que la Academia no puede aceptar por razones gramaticales y .. patrióticas. Sería dar alas á los bizcaitarras. Fuerza, pues, será decir la *señora diputada*.

Hasta hoy no se había sentido la necesidad de que el vocablo masculino «diputado» pasara, se-

gun los casos, á ser femenino; mas ahora sí, pues ya tenemos diputadas, tan miembros de unas Cortes como cualquier parlamentario con pantalones.

Mientras en Londres las *sufragistas* reciben palos en las calles y oyen de labios de Campbell-Bannermann buenas palabras no más respecto á la concesión del voto electoral al sexo femenino, en Finlandia, region rusa que goza de su autonomía desde 1905, diecinueve mujeres acaban de salir elegidas diputadas por considerable número de sufragios.

Es la primera vez que en el mundo sucede esto, y yo no puedo más que lamentar el que haya sucedido, no por Finlandia precisamente, sino porque el mal ejemplo cundirá, como todas las cosas malas, y poco á poco el sexo débil tendrá voto electoral y asiento en todos los Parlamentos del orbe.

Perdone mi respetable señora Lopez, viuda de Aya; la; pero me revienta ver á las mujeres *alternando* en política. Y es inútil que doña Angeles me salga con disquisiciones de derecho político aderezadas por Girardin y otros feministas, pues no me ha de convenecer.

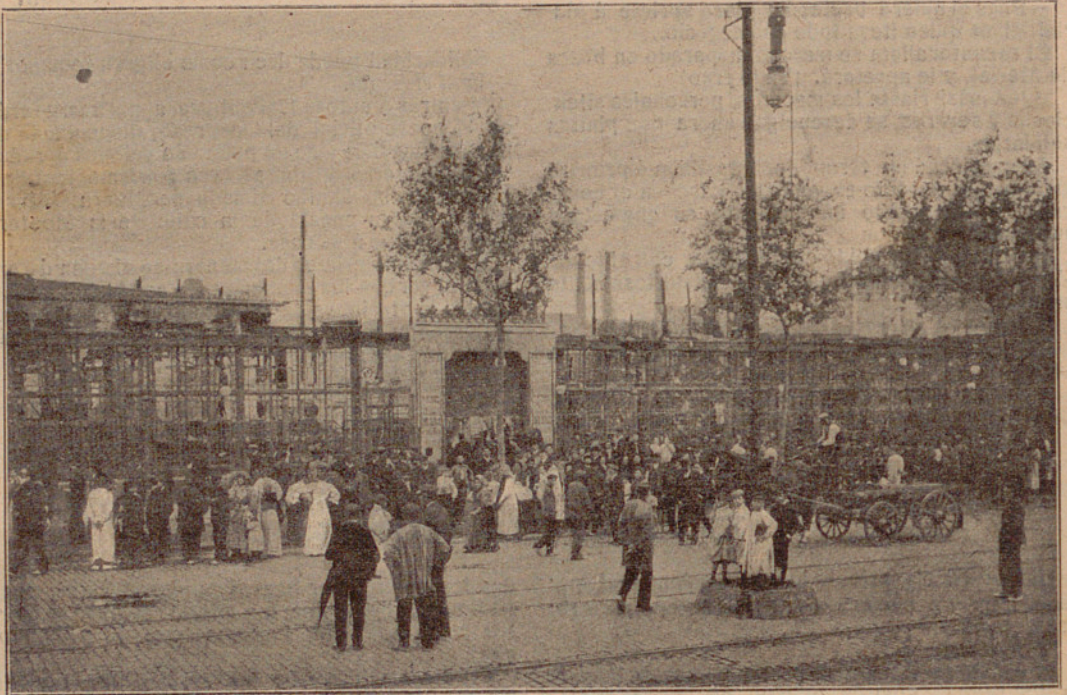
Para mí la mujer, digan lo que quieran los espíritus fuertes, ha nacido para el amor y para el hogar. Fuera de esto, la encuentro *descentrada*. Sobre todo políticamente. Es preferible una Cleo de Merode á una princesa de los Ursinos; una bella *Chelito* á una Maintenon, y hasta diré que una *Fragosa* á una diputada de las diecinueve de Finlandia, salvo la honorabilidad.

En una *Ilustración fran-*



El Tio Sam indignado: — ¡Pollos, que estamos aquí nosotros!

El incendio del teatro Circo Español



Lo que ha quedado de la fachada del café, en el Paralelo.

cesa cuyo nombre no recuerdo ahora, vi la pasada semana el retrato de cuatro diputadas finlandesas.

Las cuatro eran feas (era de esperar). Pero el mal no estaba en eso, sino que las cuatro diputadas se habían arreglado el peinado y vestido de manera que parecieran hombres de cintura arriba. Dos de ellas llevaban el cabello cortado y echado hacia atrás.

Y esto es feo, y sobre ser feo inmoral y despectivo para el sexo. Casi igual asco me da la mujer que se siente macho como el hombre que se siente hembra. Pase las lesbianas, pero con faldas y

cara de mujer; no con los cabellos al rape y el saco hecho de manera que oculte a las miradas del hombre las naturales protuberancias del sexo femenino, tan encantadoras... cuando lo son.

A esas podríamos llamarlas, si se me permite el contrasentido, *monjas laicas*, más cargantes que las esposas del Señor.

Por lo dicho no se infiera el que yo tenga por lesbianas ó sáficas a las diputadas de Finlandia cuyos retratos vi en una *Ilustracion* francesa.

No hay tal. Mientras no se me pruebe lo contrario, he de creer que son ejemplo de honestidad.

Lo que afirmo es que, á juzgar por su *tenue*, por su empeño en no parecer mujeres, son, para los hombres, perfectas lesbianas. Se niegan al amor... con éstos.

Y ello se debe, no á fenómenos naturales, fisiológicos, sino psicológicos, volitivos. Creo, con Schopenhauer, que la función crea el órgano y no éste la función. El toro no da cornadas porque tenga cuernos, sino que tiene cuernos porque quiere dar cornadas. Conforme con este criterio, opino que las señoras diputadas finlandesas, que de industria han borrado todo lo posible la exteriorización del sexo, hánlo hecho en pleno delirio feminista, empujadas por la corriente de equiparar la mujer al hombre y en la



—Y pensar que algunos de esos borregos eran míos!

El incendio del teatro Circo Español



Las ruinas del teatro y del café vistas desde la calle de Abad Zafont.

creencia de que cuanto menos de hembra tuvieran, más fácilmente conquistarían las posiciones que en el mundo ocupan por derecho natural los hombres.

De modo que han conseguido, por un acto de voluntad, burlar la Naturaleza á cambio de «nadar en los mares cenagosos de la política».

Hay que mirar las elecciones de Finlandia como una calamidad universal. De una parte hacen diputadas á diecinueve mujeres y por otra contribuirán, visto el éxito, á que las hembras de todos los países se entusiasmen por la política y que á ella sacrificquen el sexo, como los hombres la vergüenza.

Entonces será la de apaga y vámonos.

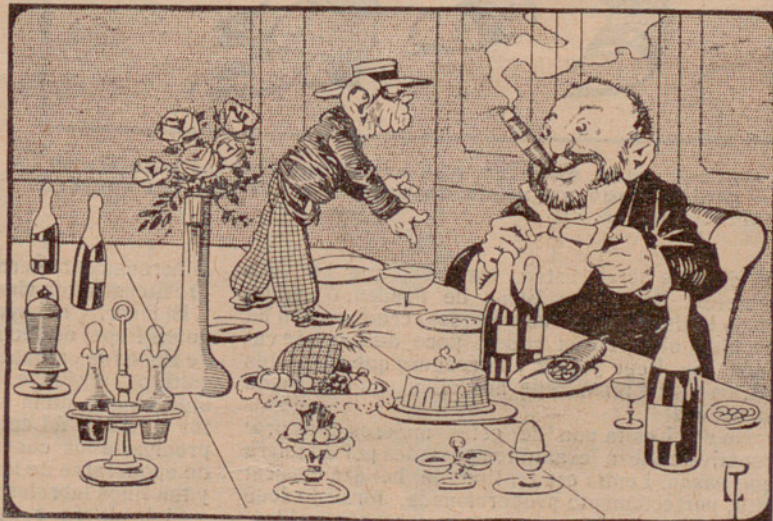
EL TUERTO
DE LA RATERA.

TURRIS EBURNEA

I.

Acababan de dejar atrás las últimas casas de la ciudad, cuando el anciano general detuvo su caballo y, señalando con el dedo un espeso pinar que se veía á lo lejos, dijo al que á su lado cabalgaba:

—Marqués, ¿ve usted aquella casita negruzca oculta entre los pinos? Pues el camino que á ella conduce era hace tiempo el paseo predilecto de todos los elegantes. Llamaban éstos á la casita *Turris eburnea*, no sólo por su color, sino porque en ella se había encerrado como en torre de marfil una de las pocas mujeres hermosas que he visto en



—Señor, yo me llamo Jorge y vengo á participar á V. E. que no puedo ir tranquilo por ninguna parte porque en cuanto me ven, me tiran de la oreja horriblemente.

—Váyase usted tranquilo, que ya haré yo que paguen caras sus mañas.

—Si dicen que ya las pagan.

Las reformas de la policía.



—¿Cree usted, maestro, que habrá que retocar este traje?
—¡Quiá! Tengo yo miles de amigos á los que les sentará perfectamente.

mi vida, y ¡crea usted, marqués, que he visto mujeres! Pero como Elena de Prades, ó Lenita, como la llamábamos sus amigos, creo que no ha existido otra. Yo la conocí poco despues de casada con Pepe Julvez y le aseguro que todos los millones que tenía Pepe no valían una sonrisa de su esposa.

No era Lenita una de estas mujeres cuya provocativa belleza levanta tempestades por doquiera que pasen. Lenita era un tipo de belleza clásica: alta, perfectamente proporcionada, formado todo su cuerpo por curvas suaves, con un rostro blanquísimo, de perfiles puramente helénicos y unos ojos y una cabellera más negros y más brillantes que el ébano pulido. No; Elena de Prades no inspiraba esas pasiones momentáneas y feroces que tantas mujeres producen y en las que el hombre se siente únicamente macho. Elena inspiraba á

sus adoradores esas pasiones hondas, tenaces, que deja en la vida indeleble huella. Durante las reuniones y *soirées* que daba su marido, los hombres no podíamos separarnos de su lado. Su hermosura, su ademán nobilísimo, su conversacion amena y reposada, su voz de sonidos casi angelicales nos atraían y nos retenían á su lado casi á pesar nuestro. Y con ser tantos los que á ella se acercaban y tantos los que bailaban con ella, jamás hubo uno que se atreviese á dirigirla una palabra intencionada ó un requiebro de dudoso gusto. Aquel rostro amable y severo á un tiempo y la mirada tranquila y seria de aquellos ojos imponían respeto al más desvergonzado. ¡Ah, marqués, qué mujer era aquella!... No se la amaba, se la adoraba.

Cinco años duró aquel matrimonio; cinco años de dicha y alegría para los amigos de la casa. A los cinco años de casados, cuando regresaban de un largo viaje por el extranjero y descansaban unos días en un pueblecito de la Costa Azul, murió Pepe Julvez.

La noticia corrió rápidamente y todos los amigos, en cuanto se supo la fecha de la llegada del cadáver, corrimos á la estacion á rendir el último tributo de amistad al pobre Pepe, que había tenido la desgracia de morir cuando la vida era para él una continua sonrisa. Pero ¿creerá usted, marqués, que ninguno de los que en el andén estábamos se acercó al furgon donde venía el cadáver, y en cambio nos agolpamos todos á la portezuela de la berlina donde la viuda venía?... Los hombres somos en realidad unos malvados; pero en aquella ocasion casi se nos podía disculpar. ¡Qué hermosa, qué

soberanamente hermosa estaba Lenita con las negras tocas de la viudez! ..

El muerto, al hoyo. Ya nadie se acordó más del pobre Pepe; es decir, si se acordaron. La muerte de Pepe fué entonces el pretexto para que cuantos solteros y viudos frecuentaban la casa, y aun algunos que no la frecuentaban, acudiesen solícitos á visitar á Lenita, con el objeto aparente de prodigarla los consuelos posibles y el verdadero de apoderarse de la hermosa pieza á la que tantos y tan finos lebreles perseguían.

Si le dijera á usted que esperaba lo que hizo Lenita á poco de morir su marido, mentiría. Había dos ó tres que tenían la plaza tan perfectamente sitiada, que no dudé un instante verla enseguida en poder de uno de ellos, Manolo Sierra, excelente amigo mío, era, á mi juicio, el que, de los tres, tenía más probabilidades de éxito. Estaba perdi-

damente enamorado de Lenita y creo que á ella no le era indiferente. Era rico, discreto, inteligente y muy buen mozo, y tan seguro estaba yo de su triunfo que un día, al encontrarle en la puerta de la casa de Elena, no pude menos de decirle:

—Ya no sé si voy á visitar á la viuda de Julvez ó á la futura señora de Sierra.

Mis presentimientos no se confirmaron. Lenita, de la noche á la mañana, nos anunció que acababa de comprar una casita en las afueras de la ciudad con objeto de pasar una larga temporada completamente sola, sin más compañía que el recuerdo de su esposo.

—No se molesten en ir allí á visitarme mañana—; los caminos que á la casa conducen son maravillosos y yo estoy tan triste que no podría recomendarles la molestia que por verme sufrirían.

No dijo más, ni á nadie se le ocurrió preguntar cuándo se trasladaba, dejando esta y otras preguntas para más adelante. Pero se engañaron todos. A los dos días ya no vivía allí Lenita. A cuantos preguntaban por ella y por su nueva dirección solía contestar invariablemente el portero:

—A mí no me ha dado más orden, que esta: á cuantos pregunten por mí, les dice usted que me he ido al campo y que no sé cuándo volveré.

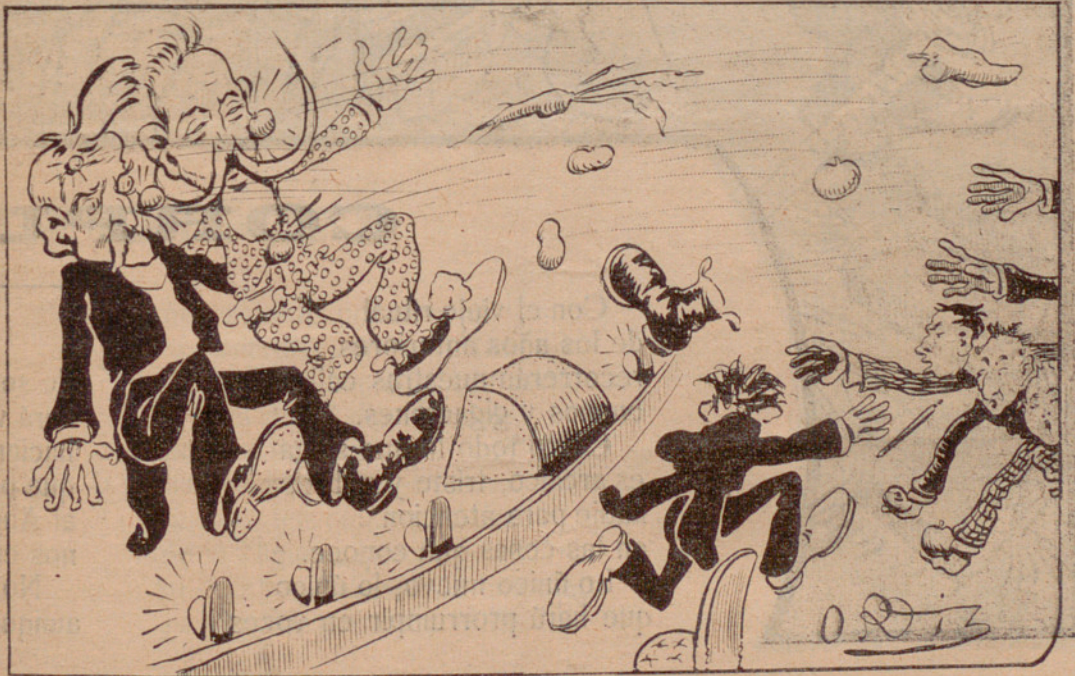
No puede usted figurarse, querido marqués, cómo cayó la noticia entre el elemento masculino de sus amistades, y, sobre todo, entre los tres que con más probabilidades de triunfo asediaban á la hermosa viuda. La noticia causó más daño que una bomba Orsini. Pero para mí es indudable que á quien hizo más daño fué á Manolo Sierra. ¡Pobre muchacho! Estaba loco, verdaderamente loco. No sabía, no podía explicarse aquella desaparición súbita, aquella especie de huida. Esta mujer decía él en el paroxismo de su locura—tiene algún amante. Una mujer que no tiene nada que ocultar no huye de este modo. Esto es inconcebible. Esto es un insulto.

Inútil es decir que no se dió punto de reposo,

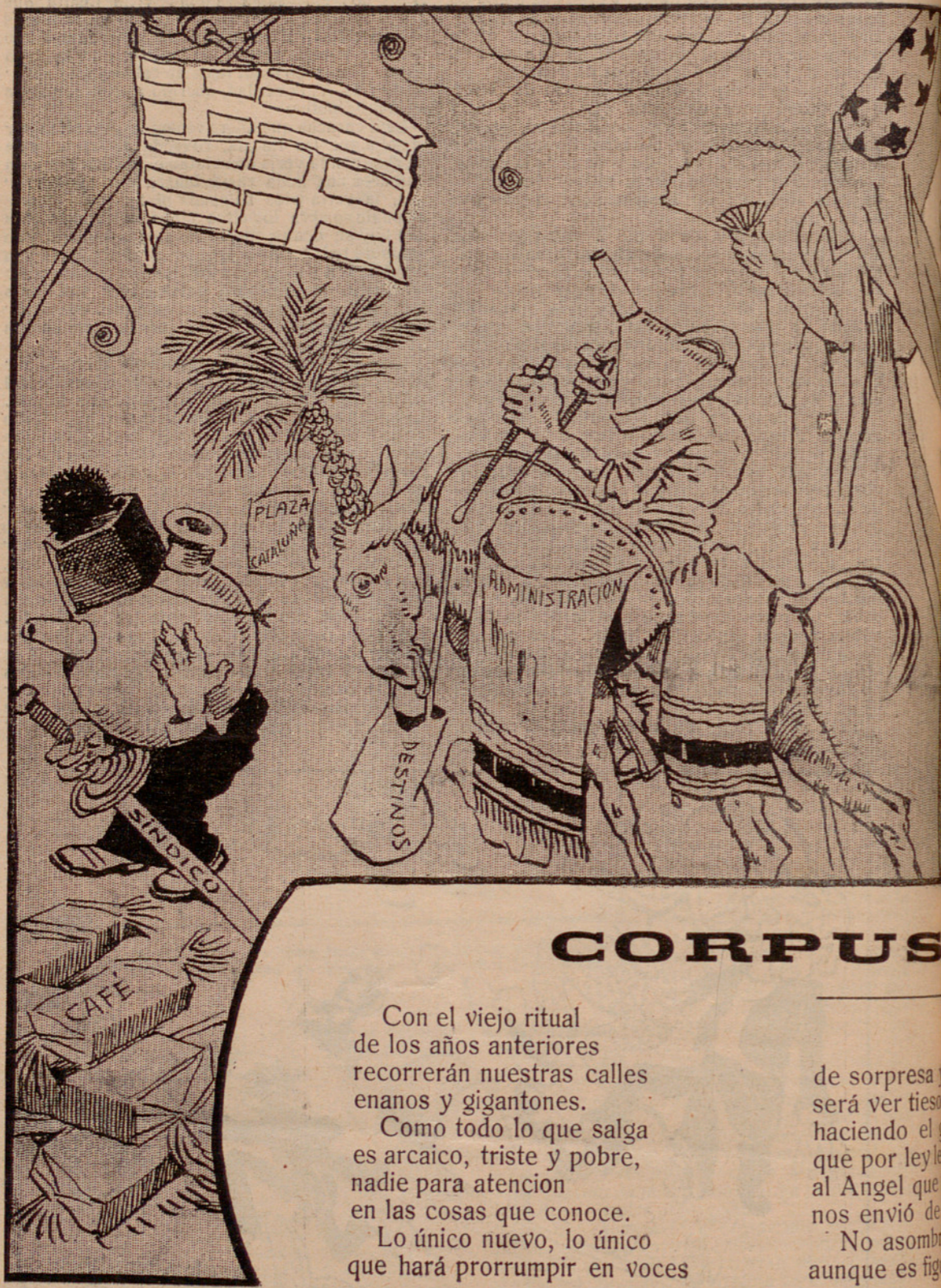
A los dos días sabía ya dónde vivía Lenita, que era precisamente en esta casita que ahora vemos casi derruida. A los ocho había sobornado á una criada y tenía noticia de todo cuanto la viuda hacía. Pero todo esto, lejos de calmarle, le enardeció más. Y, la verdad, querido marqués, que no le faltaba motivo.

Esta casucha que ahora vemos ennegrecida por el sol y por las lluvias, rodeada de zarzas y de hierba, con la verja completamente destruída, era entonces una linda casita blanca con las persianas, la verja y los balcones pintados de verde. Dábanle sombra los altos pinos, entre los cuales aun hoy se oculta, perfumábanla los macizos de rosas de todas clases que en el jardín había y la embellecían y alegraban los claveles que entre los hierros de los balcones dejaban ver sus flores hermosas y multicoloras. Era la casita una miniatura del Paraíso á propósito para la hermosa Eva que la habitaba.

Lenita—y esto lo supo Manolo por la criada, cuyas indiscreciones pagaba—había adoptado, al trasladarse al campo, un nuevo género de vida. Levantábase á punta de día, vestíase un holgado peinador blanco, salía al jardín á respirar el aire fresco de la mañana y recogía ella misma las flores que durante la comida y la cena alegraban y embellecían su mesa. Después tomaba su baño diario, un baño de agua tibia y delicadamente perfumada. Una joven camarera—la misma que se lo contaba todo á Manolo—aguardaba que la hermosa viuda saliese del baño para secar despacito, con el mayor cuidado, aquel busto alabastrino y arrogante. Según decía la camarera, aquella era la operación más agradable y la que más duraba. Había que secar primero todo el cuerpo, después limpiar meticulosamente las uñas de los pies y de las manos, luego frotar suavemente los músculos y articulaciones, y, finalmente, se hacía perfumar cuidadosamente todo el cuerpo, sin omitir parte alguna. La operación duraba mucho tiempo y ocur-



Final seguro de la comedia liberalesca.



CORPUSCHRISTI

Con el viejo ritual de los años anteriores recorrerán nuestras calles enanos y gigantones.

Como todo lo que salga es arcaico, triste y pobre, nadie para atención en las cosas que conoce.

Lo único nuevo, lo único que hará prorrumpir en voces

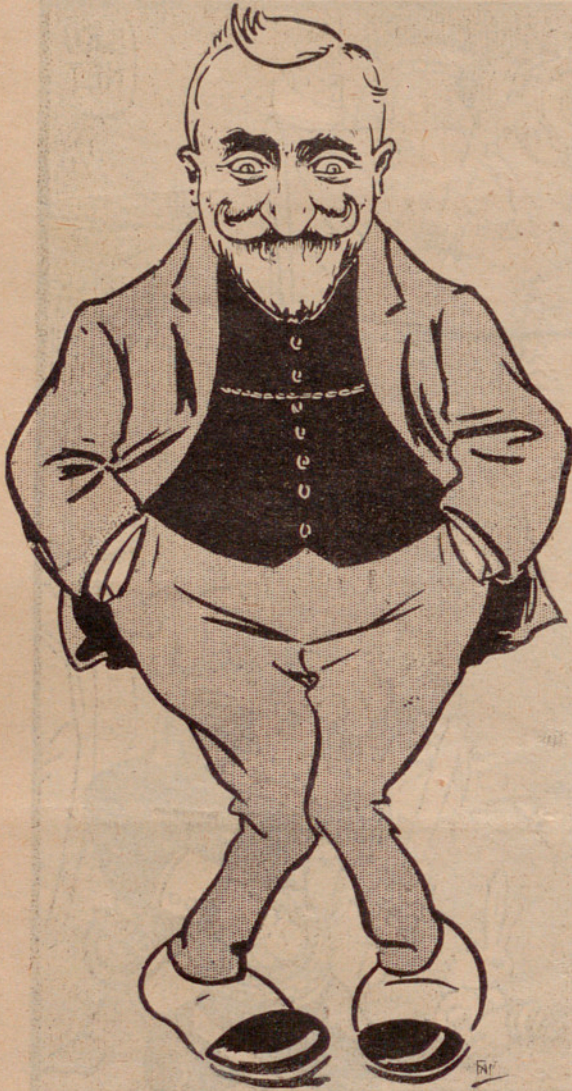
de sorpresa intento será ver tieso te, haciendo el papel que por ley le corresponde, al Angel que Antonio nos envió de te.

No asombrará, aunque es figura nombre;

no pasará por la ropa, ni admirará por su porte.

Causará espanto á la gente y dará aquel día el golpe porque será la vez única que no lucirá en el coche que costea con los fondos de la Higiene que se come, su cuerpo, que pesa un mundo; su orgullo, que pesa el doble.





—Bueno, ya se han abierto las Cortes. Ahora lo primero que he de hacer, es cerrarlas.

rría más de una vez que, en mitad de ella, Lenita se dejaba caer en una linda otomana, completamente desvanecida.

El resto del día pasábalo la hermosa viuda en examinar sus flores, en dar de comer al sinfín de pájaros que en una gran jaula tenía encerrados y en dirigir personalmente cuanto en la casa se hacía. Cenaba á la caída de la tarde y salía después al jardín seguida de su perro, un perrazo enorme, único amigo y confidente que en la soledad tenía. Y allá, sobre la arena del jardín, luchaban á brazo partido la mujer y el perro. Los roncados ladridos de Tom, que así se llamaba el perro, y las fuertes y argentinas carcajadas de ella se oían desde la carretera...

¡Ah, marqués! Es imposible decir á usted lo que sufría Manolo cuando la joven camarera le

enteraba de todo esto... Pero Manolo amaba de veras á Lenita, y así como sus contrincantes fueron poco á poco abandonando el sitio, él siguió impertérrito persiguiendo día y noche al objeto de sus amores y de su locura, porque locura era, más que amor, lo que Manolo Sierra sentía por Elena de Prades.

Y ocurrió lo que era de esperar. Tantas locuras hizo, tanto rondó por entre los pinares, que, al fin, logró hablar con ella...

¡Pobre Manolo! Por la noche corrió á contarme lo. Está más hermosa que nunca—me dijo—y tal vez más amable que antes. ¡Ah, chico, no sé, en verdad, lo que me pasa! Estoy á la vez triste y alegre. A las primeras palabras comprendí que no le era indiferente; luego ella misma me confesó que de casarse se casaría conmigo; pero... —al decir esto Manolo se turbó un poco—no quiere casarse... Dice que teme perder la libertad, que no concibe el amor en el matrimonio... que quiere hacer su gusto en todo. Es más: me ha dicho claramente que de amar á un hombre no se entregaría á él en la forma que la sociedad impone á la mujer, porque si se entregaría conservando los dos su libertad; pero... para esto le era preciso estar muy segura, pero muy segura, seguramente, de que aquel hombre había de guardar fielmente el secreto, no por ella, por su familia.

Confieso que me quedé con un palmo de boca abierta al contarme Manolo todo esto. Era preciso que Elena estuviese tan loca como Manolo para atreverse á decir tales cosas. No dije, sin embargo, ni una sola palabra.

Y ahora, marqués, ya supondrá usted cómo acabó todo esto. Manolo vino á verme á los pocos días, y loco, ebrio de alegría, me contó que Elena de Prades era ya su querida. Mis besos—me dijo en una explosión de entusiasmo—han recorrido todo su cuerpo. ¡Si vieras, si vieras qué detalles, qué bellezas incomparables encierra aquel cuerpo de diosa!...

El general calló entonces. Se hallaban frente á la casita. En las paredes, antes blancas y limpias, la humedad había trazado caprichosos dibujos. El jardín parecía una selva virgen. La verja estaba completamente destruída...

En aquel momento, el sol acababa de ocultarse, detrás de las vecinas montañas. Una tenue niebla coronaba los espesos pinares. Un silencio sepulcral invadía el paisaje...

El general permanecía mudo contemplando el cuadro.

—¿Cómo acabó esto, general?—dijo el acompañante.

—No sé... se fueron... No se les ha vuelto á ver—contestó el general con la voz entrecortada.

El marqués lo notó y le dijo:

—¡Quería usted mucho á su amigo!

Y el anciano general, acercándose á su acompañante como el que va á contar algo grave,

—Marqués—dijo, cogiéndole del brazo—, han pasado treinta años desde entonces y todavía lo ro al ver esta casucha. Voy á decir á usted lo que á nadie he dicho jamás... Más, mucho más que Manolo, amaba yo á Elena de Prades... ¡Pero él era soltero! ¡Elena ha sido el único amor de mi vida!...

Era ya de noche cuando los dos amigos regresaban á la ciudad.

CARLOS JORDANA.

CRÓNICAS A CUADROS

Péle-Méle

Llevamos cerca de un mes de Exposición y todavía, al escribir estas líneas, no se ha publicado el catálogo. ¿Por qué? Pirozzini lo sabrá y las gentes hacen suposiciones.

¿Será, acaso, para no dificultar las adquisiciones proyectadas con la alarma que en la opinión pudieran producir los precios fabulosos puestos á algunas de ellas? No será verdad; pero no falta quien lo suponga.

El hecho es que, sin ese «hilo de Ariadna» los que visitamos la Exposición estamos perdidos, pues cuando creemos estar frente á una Venus resulta que el autor quiso que aquello fuese una virgen, y la religión padece y padece el Arte y nosotros no nos enteramos.

Y es que los artistas han estado tan claros en sus representaciones que no estorba el que al pie se ponga, como diz que ponía Churriguera: «Esto es un gallo» para que veamos el ave... María.

Con esto de la falta de catálogo resultan, á lo peor, escenas de este género:

—¡Caramba! dice un señor á sus niñas en la sección holandesa —: ¡Mirad qué preciosa vista del Montserrat!

El Xanras que guarda la sala se siente ilustrado y exclama:

—No, señor, no hay tal Montserrat. ¿No ven ustedes que esto es de Holanda?...

La autoridad paterna sufre un revolcón y queda á la altura de las fresas.

Y todo ¿por qué? Por falta de catálogo.

Si el catálogo existiera sabríamos que el papá tenía razón y que en la sala de Holanda hay un Montserrat traducido como para Maucci, es decir, quedando en holandés.

Cuando los daños pueden trascender hasta la vida de familia no podemos continuar un día más sin catálogo.

El último lunes unos jóvenes de humor... herpético colocaron en el antepecho de la galería un cartelito que decía:

«Agencia de matrimonios» y varios modelitos de señores de papel.

La broma no tuvo el éxito que merecía; y ¿saben ustedes por qué?

Pues porque los de la agencia se colocaron al lado del órgano, que todavía sigue en reparación.

¡A quién se le ocurre poner una agencia de esas estando el órgano averiado!

Por cierto que hay que sonreirse de las obras de la Seo, en cuanto á duración, comparadas con el arreglo del órgano de la Exposición.

Es de suponer que cuando la próxima se celebre pueda el órgano sonar.

Entretanto tenemos que repetir á diario el cuento del serpiente.

Vamos con un forastero á la Exposición y enseguida le decimos:

—¡Eh! Vea, vea qué órgano tan hermoso.

Hombre, sí. Pero preferiría oírlo á verlo.
—Pues no suena... ¡pero si sonase...!

* *

¡Oh, si sonase! Quizá no se enterarían los concejales de que había sonado.

Lo digo porque el otro día tocaron los socios de Sadurní La Marsellesa y los concejales que había en la tribuna municipal se quedaron tan frescos.

Los espectadores se descubrían y se ponían en pie mientras los ediles continuaban sentados.

Únicamente uno se levantó al oír que aplaudían y preguntó á sus compañeros:

—¿Es á nosotros?

* *

EL DILUVIO se ha quejado, y con sobradísima razón, de que la tribuna señalada á la Prensa no sea para la Prensa y la invadan unas cuantas damas y algunos caballeros que, sin duda, confunden el ser suscritores con el ser escritores.

Yo he interpelado, respecto á este asunto, al municipal que guarda la entrada.

—¿Cómo voy yo — me dijo — á conocer los periodistas y los que no lo son? ¿Llevan alguna cosa que los distinga?

—Sí, señor que llevan — le respondí —. Fíjese en los pies.



—¡Si no me busco otro amparo estoy lucido! Con este paraguas no aguanto ni un chaparrón de los que me esperan.



Don Segis.—Oiga usted, amigo, ¿qué le parece la heroica y gallarda resolucíon que he tomado?
 —¿Qué resolucíon?
 —El retraimiento.
 —¡Ah! eso es una resolucíon; pues mire usted, yo había creído que era una estratagema para darse pisto.

—En las manos, querrá usted decir.
 —En los pies digo y sé lo que me digo. Si usted ve á un señor con botas de una pieza y muy lustradas, ¿qué dirá usted que es?
 —Militar.
 —Pues cuando vea á uno con los tacones algo distraídos, periodista seguro.
 —¿Y si no lleva botas?
 —¡Más periodista!

De un modo ú otro el alcalde debe arreglar este asunto.

Hay una fórmula de como pagar la cortesía y el favor que á los chicos de la Prensa se nos otorga con señalarnos una tribuna.

Poner un cartelito que diga:

«Reservada para señoras y chicos de la Prensa.»

Y entonces todo irá bien, aun cuando en la tribuna de la Prensa tengamos que estar prensados.

Todo se sabe.

Las gentes murmuraban y protestaban de la disposición ridícula que obliga á dejar los bastones, que pueden ser una necesidad, y las sombrillas, que son un adorno, en la guardarropa.

Hay quien supone que es para aumentar los ingresos de... de quien sean los ingresos.

Mal supuesto. Eso se hace por bien del país y por si Ossorio entra en la Exposición.

Y deja, al fin, el baston. Pero en más exposicion ha estado otras veces y no lo ha dejado.

Diálogo á la salida entre unas elegantes.

—¿Qué te han parecido los cuadros?

—¡Ay, hija, mal estás de modista; esto no se lleva!

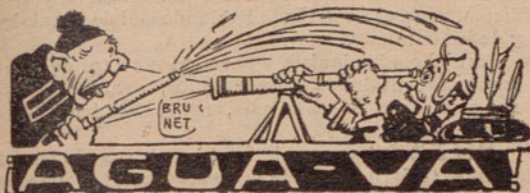
—Te hablo de las pinturas.
 —Pues no me hables de ellas. ¡Cómo estaba la de Fulanez! Hasta una ceja llevaba desdibujada. Y así la buena sociedad se explaya en la admiración de las Bellas Artes.

La verdad es que son muy educadoras estas Exposiciones. Y especialmente para los de buena educacion.

JERÓNIMO PATUROT.

Abonado á diario.





Tuvo un rasgo maternal,
un rasgo hermoso y soberbio
y quiso criar su hijo
con el jugo de sus senos.

Indignó á la aristocracia
este magnífico ejemplo,
que iba á enseñar á ser madre
á las que no saben serlo.

Se citaron precedentes,
se habló de los usos viejos,
y con errores antiguos
amparóse un error nuevo.

Hubo de acallar la madre
sus maternas deseos;
que entre ser reina y ser madre,
el ser reina es lo primero.

Para disculpar el cambio
buscáronse dos galenos
que taparon la mentira
con ardidés embusteros.

Ya está acordado que el Príncipe
suelte los senos maternos
y mame leche comprada
de unos mercenarios pechos
que un feroz mercantilismo
le quita á otro pequeñuelo
á quien su madre debiera
brindarle su sangre en ellos.

En resumen: que no ha habido
gran rasgo ni bello gesto,
y que una torpe ignorancia
y un orgullo vano y necio
ha matado un buen instinto
y ha evitado un gran ejemplo.

Moret, Moret, Moret,
Gasset, Gasset Gasset
están haciendo ya
ridículo papel.

Yo creo lo mejor
que digan de una vez
el número de actas
que quieren que les den.

Pues si al fin y al cabo han de acabar yendo á las Cortes ¿á qué viene el molestarse y molestarnos á diario con la jereñaca relacion de penas y agravios que sólo á ellos les interesan?

¿Que Maura les ha quitado una docena de actas?

¡Bueno! ¿Qué le importa al país eso? Si de todas maneras ha de estar mal representado en las Cortes por cuneros, ¿qué diferencia hay en que sean éstos de los protegidos por Moret ó de los amparados por Maura?

La frase mejor de las muchas soltadas por don Segis en su discurso del Círculo Liberal fué aquella en que dijo que si no le atienden no sabe lo que hará.

Esto, que á primera vista tiene cierto olorillo de amenaza, no es en realidad sino un plausible arranque de sinceridad digno de ser emitido.

Solamente le faltó,
para haber sido sincero,

Tipos populares



La maduixaire.



Loor á la artista eminente
que trae del italo suelo
un soplo de arte decente
que oxigene el Paralelo.

haber precisado más
el comentado concepto,
y en vez de decir:

—No sé
que es lo que haré con el tiempo,
haber dicho con franqueza,
qué hubierá admirado al pueblo.
—Caballerós, francamente,
no sé lo que estoy haciendo.

Ya tenemos nuevo inspector general de policía.
Por algo se empieza.

Ahora sólo falta que tengamos policía que pueda
ser inspeccionada por el flamante y, según se dice,
excelente inspector general que nos han nombrado.

Quizá hubierá sido preferible empezar por la po-
licía y acabar por el inspector; pero ¡qué diablo! lo
que importa es que empiece el renuevo.

Me dicen que Ossorio es listo.
¿Dónde tendrá la listura?
¿Lo dirán por lo que come?
¿La tendrá en la dentadura?

El Congreso se sigue constituyendo lenta, pero
continuamente.

A este paso antes de un mes está completo y en
disposición de decir sí y no todo el rebaño mau-
rista.

Y, natural, cuando esté
organizado el rebaño,
dará comienzo el arreglo
de enredos y estampillados.

Hace algunos meses publicó Unamuno en un periódico argentino un artículo hablando mal de Cataluña y de los catalanes.

Para el exhibicionista y paradójico rector de Salamanca los catalanes éramos fatuos, avaros, groseros y un sin fin de cosas más, todas ellas feas y desagradables.

A *El Liberal* le parecieron bien ó cuando menos no le parecieron del todo mal estos insultos, porque no recordamos que escribiera ni una sola palabra de protesta.

Pero he aquí que ahora Unamuno cree que llamará la atención (único fin que al escribir se propone) hablando bien de la Solidaridad Catalana, y, olvidando lo que antes había dicho, dedica á los catalanes unos cuantos piropos.

A *El Liberal* le sorprenden estos elogios y para quitarles fuerza y valor se apresura á reproducir lo que antes había dicho el rector.

Por lo visto, la catalanofobia que padece *El Liberal* es una enfermedad que ataca directamente al cerebro.

En el coche de la Higiene
ha pasado por aquí;
llevaba la tripa fuera,
por ella le conocí.

En el momento en que escribimos estas líneas no se tiene noticia de que la Virgen del Pilar haya hecho otros milagros que los tres que ya deben de conocer nuestros lectores.

Pero ya verán ustedes cómo no pasan muchos días sin que se nos dé cuenta de nuevas curas maravillosas.

Hay que aprovechar el tiempo y tener bien hecho el reclamo para cuando el Gobierno francés cierre definitivamente el santuario de Lourdes.

Este era un golpe que tenían seguramente en estudio los católicos de varias partes del mundo. Pero por mucho que corran ya, llegarán tarde.

Alguna vez teníamos que ir á la cabeza los españoles.

Por cierto que al día siguiente de saberse aquí lo de los milagros de la Virgen del Pilar marchó repentinamente y casi de ocultis á Zaragoza el señor Ossorio y Gallardo.

Los periódicos han tratado de explicar el viaje diciendo que el gobernador había ido á la capital aragonesa en calidad de diputado-cacique.

Pero á nosotros no nos la dan.

El señor Ossorio sabe por propia experiencia que eso de los milagros es verdad (Maura los ha hecho con él), y en cuanto supo que la patrona de Zaragoza los estaba haciendo se apresuró á ir á suplicarla que se acordase de él.

¿Qué milagro le habrá pedido?

Seguramente algo gordo y que sólo como cosa de milagro pueda hacerse.

¿Que le enseñe á descubrir terroristas?

¿Que le haga Maura ministro?

¡Qué sé yo!

Si nosotros hubiéramos acompañado al señor Ossorio y hubiésemos tenido méritos suficientes para elevarnos hasta su grandeza para poderle dar un buen consejo, le habríamos dicho que le pidiera á la Virgen que hiciera con él un milagro provechoso para todos: el de achicarle un poco las tragaderas y disminuirle el desaforado apetito que padece.

QUEBRADEROS DE CABEZA

Rompe-cabezas con premio de libros



Los chiquitines están desesperados porque una cotorra y un canario que tenían en esas jaulas se les escaparon. ¿Dónde están?

CHARADA

(De Adela Santiano)

En medio de *prima tercia*
está la *tercera dos*.
Y no te doy más detalles,
queridísimo lector.

PROBLEMAS

(De José Camps H.)

Dedicado á mi primo ANDRÉS CAMPS.

Un comerciante tenía cuatro diferentes clases de vino. De la 1.^a tenía, en hectólitros, un cuarto menos que de la 2.^a; de la 3.^a doble que de la 2.^a, y de la 4.^a un quinto más que de la 3.^a

Vendidas dichas clases hace mucho tiempo, no recuerda cuántos hectólitros tenía de cada una de ellas, y sólo sabe que ganó el ocho por ciento de su

coste total, dándole una ganancia de 51,136'02 pesetas. Recuerda también que el cuádruplo de su coste era igual al cuadrado del número total de hectólitros. Cree que con estos datos puede saberse lo que él no recuerda.

(De Francisco Pineda Roca)

Preguntado cierto jugador por el dinero que había ganado, respondió: Si á su triplo le añadieran 90 pesetas, la suma no podría ser mayor que 96 duros, y si después de quintuplicado se le disminuyen 36 duros, la resta no puede ser menor que 470 pesetas. ¿Cuántos duros ganó?

JEROGLIFICOS COMPRIMIDOS

(De José Prats Serra)

Letra nota negacion

Letras vocal nota



(Correspondientes á los quebraderos de cabeza del 11 de Mayo)

A LA CHARADA

Charada

AL PROBLEMA

La cantidad prestada era de 12,000 duros.

AL JEROGLIFICO COMPRIMIDO

Solidario

Han remitido soluciones.—A la charada: José Prats Serra.

Al problema: Juan Andreu, J. Cassant, Andrés Milló, José Camps H., José Grogú's, Manuel Sistachs y Tomás Patuybi.

Al jeroglífico comprimido: José Prats Serra, Juan Mir Matges, Manuel Colomé, Tomás Patuybi y Manuel Sistachs.



—¡Al Congreso!
—Quíteme á esos y me decido á entrar.



EL VERDADERO COCO